

La Salvación en el Antiguo Testamento

*No fueron salvos por medio de sacrificios de animales...
No fueron salvos por obras...*

Por Greg Johnson

Pregunta: ¿Cómo fue salvo el pueblo de Dios antes de la venida de Jesucristo?

Debemos comenzar con el “cuadro más amplio” de la salvación en el Antiguo Testamento. Luego veremos unos pocos lugares – particularmente, en Romanos – que hablan directamente del tema de la salvación antes de la venida de Cristo. Una vez que hagamos esto, las respuestas populares, pero heréticas, de que la gente fue “salva por sus obras” o “salvos por medio de sacrificios de animales” pueden ser rechazadas. ¡Esperamos darnos cuenta de que hay mucha más gracia en el Antiguo Testamento de lo que usualmente se entiende!

1. TRASFONDO:

Por supuesto, antes de la caída, el medio por el cual el pueblo de Dios era “salvo” era por la obediencia perfecta a la ley de Dios – aunque no es realmente salvación, dado que todavía no había culpa o pecado del cual ser “salvos.” El criterio era pasar la prueba respecto a no comer del fruto prohibido – una prueba que Adán no pasó.

En un sentido, este mismo criterio aplica para todo el tiempo. Dios jamás rebajó Su criterio – sólo aquellos que son irreprochables ante Sus ojos pueden entrar en Su presencia. Lo que Él ha hecho – en lugar de rebajar Su criterio de perfección – es cumplir este criterio por nosotros en la vida y muerte de Jesús, nuestro sustituto. Por medio de la fe recibimos la justicia de Cristo, justo como Él recibe nuestra culpa – por la cual Él es castigado (y por la cual ofrece expiación) en la cruz. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Cor. 5:21).

2. SALVACIÓN en el Antiguo Testamento – EL PACTO

La salvación en el Antiguo Testamento no se discute fundamentalmente en términos de “ir al cielo” – sino en términos de pertenecer a Dios como Su pueblo. Esto también es verdad con respecto al Nuevo Testamento – se menciona el cielo, pero la unión con Cristo se menciona casi 200 veces sólo en las cartas de Pablo.

Vemos este pertenecer a Dios – este pacto – comenzando con Abraham. Dios llamó a Abraham de entre las naciones, haciendo un pacto con él – un juramento o compromiso solemne – incluso pasando entre las mitades de animales desmembrados en un juramento auto-maledictorio, Dios diciendo en esencia, “Si alguna vez te abandono, que yo mismo sea destrozado” (Gén. 15:6-21).

Dios le prometió a Abraham que haría de él una gran nación, que le bendeciría y que bendeciría a todos los pueblos de la tierra a través de él (Gén. 12:1-3). También incluida en esta promesa estaba la tierra misma (Gén. 15:18-21). Es en este contexto que la Escritura dice, “Y [Abraham le] creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Gén. 15:6). Abraham fue justificado por la fe. Luego Dios le dio una señal externa de esta relación de pacto en la circuncisión (Gén. 17).

Lo que es tan extraordinario acerca de todo esto es que Dios lo hizo todo – es salvación sólo por gracia. Ciertamente Abraham respondió a este llamado – lo que fue una acción importante, dejando a su pueblo y viajando a través del desierto a una tierra lejana. Pero Dios tomó la decisión. Dios hizo el llamado. Dios hizo todas las promesas. La salvación fue del Señor.

Cuando Abraham creyó, Dios vio su fe y lo acreditó como justicia a su cuenta, aún cuando Abraham siguió siendo un pecador (... dudando de la promesa de Dios de darle un hijo, cometiendo adulterio con su sierva, mintiendo acerca de su esposa – haciendo que casi terminara en una relación adúltera con un rey extranjero, etc.). Aunque se requirió la fe y las señales externas fueron tomadas muy seriamente – recuerde cómo Dios vino tras Moisés para matarlo cuando Moisés no circuncidó a sus hijos – aún así, la salvación fue por gracia por medio de la fe, de acuerdo al llamado de Dios.

3. LA LEY MOSAICA

Siglos más tarde, los descendientes de Abraham (llamados más tarde *Israel*) recibieron la Ley Mosaica en el Sinaí. Las regulaciones que Dios le dio a Su pueblo comienzan con los Diez Mandamientos en Éxodo 20 y continúan a intervalos hasta el libro de Números – y fueron repetidos a los israelitas antes que entraran a la Tierra Prometida (... de ahí *Deuteronomio*, literalmente la “segunda ley”).

Pero incluso esta ley fue dada en el contexto de una relación de pacto ya establecida. Dios comienza, “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto...” (Éxo. 20:2) – y LUEGO hace sus demandas. Dios no afirmó pertenecer a ningún otro pueblo en la tierra, sino que se había dado Él mismo a la familia de Abraham para ser *su* Dios. Todo el código Mosaico necesita entenderse en este contexto relacional de gracia pactal. Aunque hubo bendiciones por la obediencia y maldiciones por la desobediencia (lo que llamamos paternalmente *disciplina*), los mandamientos no eran un medio para ganar salvación. Es interesante comparar Hebreos 12 y su discusión de la disciplina amorosa de Dios, que sigue a su discusión de los santos del Antiguo Testamento que vivieron por fe (capítulo 11).

Dios estableció alrededor de cinco sacrificios diferentes en la administración Mosaica de Su pacto, incluyendo uno por la culpa y otro por el pecado – lo mismo que uno “grande” anualmente el Día de la Expiación. En estos sacrificios la culpa del pecador se transfería simbólicamente al animal (a veces con la imposición de las manos del pecador sobre el animal), el cual sería entonces “castigado” (ya sea muerto o sacado de la tierra) en lugar del pecador (– aquí es de donde obtenemos el término “chivo expiatorio”). Estos sacrificios

prefiguran a Cristo.

Dado el contexto relacional y la justicia (justificación) por la fe que ya eran parte del pacto desde el tiempo de Abraham, dudo que estos sacrificios tuvieran el propósito de traer perdón en el sentido de justificación (una posición correcta delante de Dios). Sospecho que más bien traían sanidad a una relación rota con Dios – en el mismo sentido que los cristianos hoy somos “perdonados” cuando confesamos nuestros pecados (1 Juan 1:9). Éstos tienen que ver con la calidad de nuestra relación con Dios, no con el establecimiento de una relación con Dios.

4. ROMANOS

Pablo menciona en Romanos 3 que los creyentes del Antiguo Testamento eran perdonados “en la paciencia de Dios” (Rom. 3:25). La paciencia, en este sentido, indica una postergación de una deuda – como cuando un estudiante se gradúa de la universidad pero no tiene un empleo lo suficientemente bueno como para pagar sus préstamos estudiantiles. Los prestatarios pueden decir “te daremos cinco años – pero entonces tendrás que comenzar a pagar.” En el Antiguo Testamento, Dios le dio a su pueblo una *paciencia* (tolerancia) hasta que Cristo hubo venido y pagara su deuda de pecado por ellos. De esta manera podían evitar el castigo por sus pecados, aún cuando Cristo aún no había muerto por ellos.

Cuando Pablo introduce su doctrina de la justificación por la fe sola en este mismo capítulo, la respalda con el Antiguo Testamento, diciendo que es una “justicia de Dios aparte de la ley,” pero una “de la cual testifican la Ley y los Profetas” (Rom. 3:21). La “Ley y los Profetas” es un término hebreo para referirse a las Escrituras Hebreas, nuestro Antiguo Testamento. Pablo respalda específicamente su enseñanza citando la justificación de Abraham por la fe, del Génesis (Rom. 4) y de lo dicho por David hablando del perdón de pecados en el Salmo 32 (Rom. 4:7-8).

Pablo presenta este mismo argumento en Gálatas 3. Por la fe, hemos sido injertados en el pacto de Dios con Abraham – de tal manera que Pablo puede incluso referirse a la iglesia del Nuevo Testamento como “el Israel de Dios.”

Comprendo que esto es mucha más gracia de lo que la mayoría de cristianos asume que había en el Antiguo Testamento. Quizás miran cantidades de leyes en el Antiguo Testamento y asumen así que la salvación era por obras. Pero cuando leo el Sermón del Monte (Mateo 5 – 7) sin la más amplia relación pactal que sé que tengo con Dios por medio de la fe en Jesús, puedo asumir fácilmente que la salvación es por obras *en el Nuevo Testamento* – aunque no lo es.

La misma promesa repetida a lo largo del Antiguo Testamento – que Dios será nuestro Dios y que nosotros seremos Su pueblo – también se repite en el Nuevo Testamento. Al final del tiempo, cuando los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento por igual se hallen en pie delante de su Redentor, se nos dice que “ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3).

Incluso la promesa de la tierra es cumplida entonces. El cielo de Dios desciende a la tierra (Apoc. 20:1-2) – es una eternidad terrenal en pacto con Dios. Será justo como Jesús dijo – los mansos “heredarán la tierra” (o, como se traduce a menudo, “toda la tierra,” Mat. 5:5).

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org

Este artículo fue publicado originalmente en inglés y se encuentra disponible en la siguiente dirección: <http://gregscouch.homestead.com/files/otsalvation.htm>